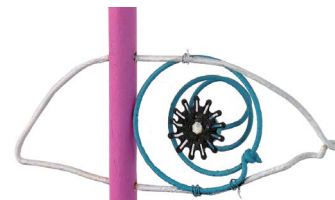


## 2. La mujer, ¿una alternativa ética?



[volver al índice ►](#)

Ana Daza

### Las creencias

La mujer ¿una alternativa ética? Ante todo, responder a esta cuestión supone para mí debatirme en una disyuntiva entre el sí y el no.

En primer lugar, no, porque si la mujer, como ser humano, es un producto de la educación de un sistema predominantemente machista, es obvio que tajantemente no, ya que procederemos de manera semejante a la de los hombres, reproduciendo los mismos errores que se cometen desde la visión masculina.

En cambio, sí a una alternativa ética, que apueste por dejar de establecer una lucha entre seres humanos, ya sean hombres o mujeres. De este modo, se acaba la competencia y ya no se busca ser mejor que el otro, sino ser mejor que uno mismo, hecho éste que debiera ser la mejor competencia que aborde un ser humano: la superación de sí mismo.

Por tanto, replantearía la pregunta objeto de debate cambiando el término mujer, por femenino; es decir la cuestión sería: lo femenino, ¿una alternativa ética?

Vivimos en una sociedad en donde lo femenino ha sido relegado a último término. La hegemonía intelectual, por encima de todo lo demás. No obstante, no sólo estamos construyendo analfabetos intelectuales sino, todavía peor, analfabetos emocionales.

Hemos construido una sociedad en la que hay una carrera febril por alcanzar cuantos más conocimientos intelectivos, mejor, y que, a la postre, lo más que nos puede servir es para ejercer una profesión vacía de emoción.

En el mundo de hoy, la constitución de la identidad del ser humano está ausente de una mínima educación e inteligencia emocional, cuyos resultados los estamos constatando en el vivir cotidiano de cada día: familias desestructuradas incapaces de construir seres creativos, colegios que reciben niños a los que tampoco se sabe dar respuestas adecuadas y una sociedad en permanente crisis que no termina de recomponer los espacios donde sus miembros adultos encuentren o puedan construir la brújula que los orienten en todas estas necesidades acuciantes.

Por otra parte, el ser humano, hombre o mujer, ¡qué más da!, vive cada vez más separado de sí mismo, debido a que se potencia excesivamente el conocimiento intelectual en detrimento de nuestro mundo emocional, que no se aborda para nada cuando, realmente, es lo primordial que nos acompaña durante las 24 horas del día que estamos conviviendo.

Por tanto, sería inteligente encaminar nuestros pasos hacia el abordaje de nuestras emociones, del cómo nos sentimos, ya que somos la única persona de la que no nos podemos alejar; puesto que estamos condenados a vivir todo el tiempo de nuestra vida con nosotros mismos.

Asimismo, deberíamos darnos cuenta de que, tanto el hombre como la mujer, reciben como herencia una serie de creencias que condicionan en excesiva medida la forma en que enfocamos todos los aspectos de nuestra vida personal y de la vida en general.



Estas creencias son validadas desde nuestra infancia sin ser cuestionadas, con lo cual tampoco somos capaces de producir nuestros propios sistemas de pensamiento personal. Pensamos con ideas imbuidas, creyendo, encima, que son nuestras.

Sólo las ideas construidas desde la propia reflexión personal, y que parten de la experiencia emocional que cada uno de nosotros vive, nos permiten construirnos como seres libres.

Efectivamente, las ideas nos hacen libres, pero las creencias a las que pertenecemos no. Cuando se pertenece a una creencia, la creencia se apodera del individuo, se hace su dueño. Es mejor formar parte de un pensamiento, sintiendo que eres una parte activa y creadora.

Así que se debería potenciar el aspecto femenino del ser, su capacidad de sentir, como vía, entre otros aspectos, de darnos cuenta de que la mayor parte de nuestra vida actuamos impulsados, reactiva e inconscientemente, por la creencia que alimenta nuestra existencia y que ha sido colocada en nuestro interior sin ser cuestionada, de manera que no elegimos y, si no elegimos, no somos libres, por mucho que nos lo creamos.

En otro orden de cosas, pero sin perder el hilo del discurso, se ha dicho hasta la saciedad que pertenecemos y formamos parte de una sociedad en donde lo importante es el continuo hacer, dirigido al tener y no al ser.

Debemos contrarrestar esta tendencia, potenciando la inteligencia emocional desde la niñez, ya que ese entrenamiento permite al infante entrar en contacto consigo mismo, volviéndose un ser creativo e independiente. Entonces, la máxima aspiración de este niño no será buscar el hacer por el tener, sino el ser él mismo; siendo en todas las demás facetas el reflejo y la consecuencia del ejercicio del ser. Pero este tipo de educación no se potencia ni en la familia, ni en la escuela, ni fuera de ella, aunque afortunadamente ya se empiezan a atisbar en el horizonte algunos pasos de sensibilización en esta dirección.

Por consiguiente, resulta indispensable en el abordaje de toda la problemática de la sociedad masculinizada o machista, crear nuevas respuestas, empezando por aprender a desaprender montones de mecanismos y hábitos de conducta que nos impiden transformarnos, y que son absolutamente necesarios para poder crear y tratar de dar nuevas respuestas sin salir del mito que nos tiene cautivos.

También, resulta de relevante interés reflexionar sobre la fuerza del lenguaje, esa mágica facultad que distingue al ser humano. Sin embargo, pocas veces elegimos las palabras que pronunciamos y casi nunca somos conscientes del tipo de contenido energético que estamos volcando en ellas. Pongamos como ejemplo la palabra poder.

Primeramente, no es lo mismo poder que mandar, puesto que poder es “yo puedo”, “tú puedes”, “él puede”..., y no es “yo puedo y el resto me obedece”.

El ser humano tiene una potencialidad de ser cualquier cosa, “la cosa” que cada uno sienta que lo define y lo distingue. Pero, si conjugamos el verbo poder como se suele dar en nuestra realidad: “yo puedo y los demás me obedecen”, evidentemente entramos en una sociedad muy dañina y extremadamente competitiva, en donde uno no ejerce de aquello que quiere ser, sino de aquello a lo que le permiten que llegue. Desgraciadamente se da así, y ni siquiera nos percatamos de la tremenda competitividad de la que somos víctimas. En consecuencia, no se educa para conectar con lo que yo soy, sino para competir.

**Otro mundo es posible**



Como dice una frase que ha hecho mella en muchos inconformistas con el devenir presente, “Otro mundo es posible”, aunque a mí me gusta expresar mejor “Otro ser humano es posible”. Los adultos debiéramos poner afán en aprender a conectar con los diferentes tipos de emociones que producen cada acto y viceversa, conectar con el acto que genera la emoción reactiva de modo que, cada acto que conlleva a una emoción que nos niega, empezar a cambiarla.

Como he apuntado anteriormente, otro mundo es posible, un mundo donde los seres humanos no tengamos que estar continuamente compitiendo por notas para acceder a una carrera universitaria o a un trabajo. Otro mundo donde no haya que competir para eliminar a compañeros por un puesto.

Desde mi perspectiva, otro mundo es posible si el aspecto femenino del ser se libera del cautiverio al que lo hemos relegado. La polaridad femenina equivale a la inteligencia emocional y a la capacidad de sentir, que son por igual elementos comunes al hombre y la mujer.

La lucha entre sexos no tiene razón de ser. Hemos de establecer un tipo de educación y convivencia donde lo esencial no sea que el haber nacido hombre augura lo fácil y lo difícil haber nacido mujer, sino en que ambos casos son seres humanos y que la vida debiera ser una carrera que nos educase para ejercer como seres humanos, sin distinción de sexo, da igual hombre o mujer. Somos seres humanos con las mismas capacidades y potencialidades. Tenemos que dejar de vernos sólo por el aspecto que nos confiere nuestra sexualidad.

Si se abandonase la lucha por la competencia de llegar a alguna parte, quizás llegaríamos a nosotros mismos y el repartir funciones ya no sería una lucha, sino un acuerdo en donde nada es mejor que lo otro, sino que es bueno para ambos.

En la sociedad de nuestros días, la mujer que ha querido alcanzar los mismos derechos que el hombre, se ha visto obligada a abandonar el recinto familiar, que es el lugar idóneo donde se forjan los cimientos de los futuros ciudadanos.

En este sentido, dicha ausencia ha originado múltiples conflictos emocionales que, unidos al cansancio físico que le ha reportado a la mujer, han impactado también, como es lógico, en su pareja y en sus hijos.

Por todo ello, la solución para la liberación femenina no radicaba exclusivamente en la autosuficiencia económica; de lo contrario, la condición de la mujer se habría solucionado y la sociedad habría mejorado. Sin embargo, cuando analizamos exhaustivamente este asunto, ni lo uno ni lo otro se ha producido. Ni la sociedad aporta mayores cotas de felicidad, ni la mujer, como ser humano, ha logrado un mayor nivel de estabilidad o alegría.

La alternativa, en todo caso, pasa por una respuesta que conjuntamente mujeres y hombres tienen que crear. Y una cosa es segura. Hay que salirse de ese rasgo competitivo, especialmente masculino, que va dejando atrás en el camino personas muy valiosas, que son percibidas como rivales.

### **Desarrollo de un pensamiento conciliador**

El rasgo femenino, es una cualidad de ser, que está presente en la naturaleza del hombre y de la mujer. La gran aportación de lo femenino en ambos es el desarrollo de un pensamiento conciliador, constructor, y aglutinador.

Todas las actitudes -incluido el amor- cuando son exclusivas, se vuelven radicales y muy destructivas, tanto para el que excluye como para el excluido.



Así que, sin perder de vista lo anterior, hay que ver cómo vamos siendo capaces de ir produciendo una alternativa que no esté sólo radicalizada en uno de los dos componentes del ser humano, machismo o feminismo.

Tendremos que crear una alternativa donde la polaridad femenina, del hombre y de la mujer, lleguen al acuerdo de producir un mundo nuevo, donde ninguno de los dos sea el malo de la película o la víctima. Tengamos presente que, en la medida en que acusamos, la parte acusada se defiende y si eso se produce, ya estamos con las luchas en vez de las soluciones.

También me gustaría, desde mi papel de ser humano, que se expresa como mujer, romper una lanza en favor de los hombres porque, al fin y al cabo, ellos son los herederos de una cultura que ha evolucionado durante miles de años y como la biografía se convierte en biología, les ha tocado un esfuerzo mayor en este camino de armonización.

Tampoco se nace sabiendo, de modo que no habría que educar a nuestras mujeres, para que se sientan las víctimas de los hombres, pues cuando se desconocen los elementos que componen, gobiernan y dominan las creencias de la cultura, provocan situaciones como las que todos vivimos.

Lo importante realmente es construir respuestas desde el ser humano, hombre o mujer, que construyan emocionalmente a ambos; que seamos capaces de abordar las diferencias que hemos heredado fuera de toda lucha, siempre inspirados por un pensamiento que trate de conciliar al hombre consigo mismo y a la mujer consigo misma, y a las polaridades entre sí.